

de cartas amorosas intitulado *Plutarco 66*. ¿Por qué no continúa por ese camino y se olvida de obras “preclaras, augustas y sobre-humanas”, y, sobre todo, me olvida usted a mí, que ningún daño le he hecho, como tampoco se lo hice al autor? Pero si desea usted seguir dirigiendo obras, le aconsejo —perdone un consejo tan elemental— que se apoye en personas que hayan comenzado su carrera como actores, desde abajo, porque son las únicas que saben de teatro, y no tratar de inflar un globo que, como ya lo ha visto, le estalló en las manos. Reciba usted un saludo desde este paraíso de los actores en el que desde luego jamás veré a “Julia Bautista” y al que acaba de llegar doña Amparo Villegas, y le ruego haga extensivo mi saludo a los cronistas teatrales mexicanos, quienes son humoristas involuntarios. Recuerdo que cuando me presenté en su país, uno de ellos escribió: “La aparición de Sarah Bernhardt en México es un acontecimiento más notable que el paso de Venus por el disco del Sol.” Y lo dijo en serio.

*Sarah Bernhardt*

29 de junio de 1969

#### LOS GRITOS DE LOS ALBAÑILES

Una vez que hubo bajado el telón y concluyó la presentación de la obra intitulada *Los albañiles*, acudieron a mi mente una considerable cantidad de preguntas que voy a trasladar a esta crónica con el deseo de que alguna persona sea tan amable en contestármelas, ganándose, el que lo haga, un par de medias o un encaje morado para su pechera de noche de estreno:

1) ¿Por qué Vicente Leñero tuvo la infeliz ocurrencia de trasladar su novela ganadora de premios españoles al teatro? *Pueblo rechazado*, su primera pieza teatral, fue elogiada sin reservas desde esta crónica semanal, porque estaba bien escrita, con un diálogo bellamente construido, con situaciones dramáticas llenas de interés y con un asunto original. En cambio, *Los albañiles* ni está

bien escrita, porque amontonar palabrotas y arrojarlas donde caigan, escribir un diálogo coloquial de camión de segunda, plantear situaciones tan obvias como infantiles, desarrollar una anécdota policiaca tan elemental como las de Carter Brown, trasladar a la escena una página de la revista *Alarma* y formar un melodrama que no le interesa a nadie, todo eso es muy fácil pero indigno del autor de *Pueblo rechazado*. El que en el programa se diga que la pieza está llena de simbolismos, no deja de ser sólo un lugar común. A cualquier cosa se le puede encontrar el simbolismo si se le busca con entusiasmo. Hasta un comercial de televisión puede ser “simbólico”, o una de esas novelas ilustradas a las que tanto se parece esta obra de Leñero. Por otra parte, creo que jamás se ha dado el caso de que una novela pueda ser trasladada al teatro con felicidad.

2) ¿Por qué tiene que ser Ignacio López Tarso el empresario de esta novela ilustrada? No pongo por un momento en duda que el gran actor mexicano sabe bien lo que es el buen teatro, puesto que lo ha demostrado con *El rey se muere*, últimamente con *El precio*, obra que sí habla sin eufemismos de la tremenda crisis espiritual y material en que se debate el hombre de nuestro tiempo”, para usar las palabras del propio López Tarso en el programa de *Los albañiles*. Muy loable su idea de hacer teatro y de tomar dos salones para presentarlo, pero si va a seguir el camino del Teatro Virginia Fábregas, es mejor que se olvide de ser empresario y siga trabajando en obras como las dos mencionadas antes.

3) ¿Por qué los arquitectos no tienen siquiera una ligera idea para construir teatros? Esta pregunta me la hago cada vez que asisto a un nuevo local, pero en esta ocasión mi asombro no conoció límites. El Teatro Antonio Caso, situado en la Unidad Tlatelolco, es un desafío al público para ver si lo encuentra perdido entre grandes edificios, con una escalinata al aire libre que por fuerza tiene uno que atravesar así llueva o granice, con un vestíbulo en el que caben cincuenta personas para un local de trescientas o más y con un estacionamiento al que sólo permiten entrar veinte coches, aunque pueden acomodarse tres mil. Y luego vienen las quejas de que el mexicano no va al teatro. En estas circunstancias, hace bien en no ir.

4) ¿Por qué Ignacio Retes, muy acertado en *Pueblo rechazado*,

dirigió *Los albañiles* a base de gritos de los actores que acaban por acarrear un dolor de cabeza a los espectadores? No hay escena que no principie o termine a gritos, y como el teatro —otro error de arquitectura— es una caja de resonancia, aquello se convierte en el infierno mismo. Gritan los albañiles, gritan los policías, gritan las mujeres de los albañiles: todo el mundo grita, y grita, y grita. Me hace pensar que Retes recibe una comisión de la Asociación de Otorrinolaringólogos. El director tiene buenos momentos en su composición escénica, pero demasiado ocupado en estos detalles, descuidó la dirección de actores, y dejó que cada uno hiciera lo que quisiese. Y todos se pusieron de acuerdo para celebrar una competencia a ver quién gritaba más fuerte. Ganó Mario García González, en una increíble escena de un policía que llora porque han cesado a uno de sus compañeros que también había pasado dos actos gritándoles a los albañiles. García González se arrastra por todo el escenario berreando y buscando el pecho de su compañero para reclinar la cabeza. El público no entiende aquella actitud y piensa, dada la índole de la obra, que hay un problema de tipo amoroso-policíaco, pero después de quince minutos de lloriqueo y de pésima actuación, el policía declara, quizá para borrar la mala impresión, que “está un poco borracho”. Culpa del autor, del director y del actor.

5) ¿Por qué Luis Aragón, actor profesional y acertado casi siempre, no estudió sus líneas y para ocultar su inseguridad echó mano de trucos tan viejos como el hipar mucho y el hacer ruidos guturales?

6) ¿Por qué Eugenio Cobo, Gabriel Retes, Aura Rivas, Ester Guilmáin, Raúl Boxer, Mario García González y Guillermo Gil quieren dedicarse al teatro si el teatro no quiere saber nada de ellos? Y Octavio Galindo, que parecía en obras anteriores ser una buena promesa, en esta ocasión se ve inseguro, insatisfecho y . . . gritón.

7) ¿Por qué, en síntesis, montar esta novela ilustrada de camión de segunda? Creo en el talento de Leñero, y en el de López Tarso, y en el de Luis Aragón, y en el de Ignacio Retes. Por ello les exijo algo mejor.

Y para terminar, no hago más preguntas, sino que aseguro, porque de esto sí estoy convencido, que José Carlos Ruiz hace un tra-

bajo muy hermoso con su personaje y vuelve a demostrar que es una excelente primera figura, que Salvador Sánchez se coloca cada día más en su posición de actor y que sólo le falta corregir un poco la dicción, que Alberto Gavira está espléndido en su papel y que la escenografía de Félida Medina es magnífica.

Quizá el OPIC, organismo que maneja el Teatro Antonio Caso, también esté interesado en la contestación de las preguntas formuladas. A quien las conteste se le dará un pase para el Teatro Antonio Caso en noche de lluvia.

6 de julio de 1969

#### AUNQUE PASARAN 1 000 AÑOS

Soy un cronista ingenuo; o más bien, tonto; o más bien, pasado de moda; es decir, que no estoy en onda, en órbita, ni tampoco *in*, que necesito cambio de aceite, que se me bota la canica, que pertenezco a la "momiza", que soy fresa; y todo esto me sucede porque no tomo café en El Perro Andaluz, ni ceno en El Caballo Loco, ni me paseo por Hamburgo o por Génova, ni fumo marihuana, ni aspiro cocaína, ni devoro hongos, ni trago cápsulas, ni huelo thinner, ni emprendo "viajes" en busca de Dios, ni canto canciones de protesta, ni uso *blue jeans* o encajes en la pechera, ni asisto a *happenings*, ni escucho a los Rolling Stones o a The Doors. Y como consecuencia de ello, claro está, no comprendo la pintura de Fernando García Ponce, ni la de José Luis Cuevas; no entiendo cuando leo a Luis Guillermo Piazza o a la China Mendoza; no me río con las Fábulas Pánicas, de Alexandro; no entendí la puesta en escena de *Así que pasen cinco años*, por Julio Castillo. Lo confieso públicamente: estoy completamente *out*. Hace algunos meses quise situarme en órbita, y lo primero que hice fue mandarme confeccionar una especie de casaca de finales del siglo XVIII, una camisa llena de encajes, un medallón con la cruz de Malta, pantalones acampanados como marinero del siglo XIX; dejé de bañarme, y el pelo me caía hasta más abajo de la